

EL MUNDO DE BLUE, DE MANUEL GAHETE

Rosa Díaz

Escritora y Académica Correspondiente de la
Real Academia Vélez de Guevara de Écija

Érase una vez, hace ya mucho años porque fue en el viejo Ateneo de Sevilla de la calle Tetuán, conocí a un muchacho llamado Manuel Gahete, que compartía recital con unos cuantos poetas cordobeses. De él, tan joven y tan gongorino ya en aquel entonces, me quedé con las cantáridas de su bello poema. Nada más sé. Lo siento. El lóbulo temporal alertaría mi memoria semántica y el hipocampo retuvo esa palabra y la hizo duradera. ¿Estaría engastada a otras con rara habilidad? Seguramente sí. ¿Pero aquello pasó o no pasó?

Era un resto de tiempo de siglo pasado y había gente, sí, mucha gente. La gente iba a los recitales y a las presentaciones de los libros, y muchos poetas se interesaban en escuchar más que en hablar y practicar el «yoísmo» en las redes sociales, redes al fin. Redes de enredos de enredar. Pero no sé si habré caído ahora, en el enredo de ese azul inglés que es triste y desvaído como la nostalgia... Era otro tiempo, pasaban otras cosas. ¿Aquello pasó o no pasó?

Aquel Manuel Gahete había comenzado ya un currículo que luego haría extenso... Filología Románica, Doctor en Filosofía y Letras, cronista, publicaciones..., y que luego fue ampliando...: Catedrático de Lengua y Literatura. Académico numerario de la Real Academia de Córdoba, correspondiente de la Real Academia Vélez de Guevara, director del Instituto de Estudios Gongorinos..., y libros, libros, libros. Libros premiados también.

Y ahora me viene a la memoria, ¡qué cosa!, aquel *Mapa físico* ganador del Premio Ángaro, que tuve el honor de presentar en Sevilla el 28-11-02 como presidenta del jurado, cuando Manuel Gahete no era aún amigo mío. Su amistad me llegó mucho después, cuando él empezó a formar parte del Jurado de la Crítica Andaluza al que yo pertenecía. Y para re-frendar hoy lo que dije entonces, voy a permitirme apuntar la sinopsis de aquel poemario que buscabala naturaleza del ser. La metafísica del hombre

en un viaje existencial e iniciático hacia sus sombras y sus dioses, y hasta esa tríada que, del propio ser, le otorga el subconsciente. Magníficamente planteado en el fondo y en la forma, y manejando un vocabulario culto y riquísimo en matices que encajaba unas adjetivaciones, renovadoras por arcaizantes, con sutil oficio de taracea, destacaba en él su madurez reflexiva entre el raciocinio, lo misterico y lo críptico.

Como un malabarista, perseguía el poeta una estética barroca para la palabra justa, que podía ser exorno, esplendor y complemento de sorpresa para encontrar lo total. El nudo o el meollo con el que se atrapa el acierto y, en ese caso, el pensamiento lúcido.

Y, ahora, Ediciones en Huida, cuando la gente no quiere leer en papel y las grandes editoriales o son avaras o han dejado de ser grandes, suma un libro de Manuel Gahete a la lista de sus publicaciones. Pues enhorabuena, Martín Lucía, por esta magnífica edición y la consecución de esta firma valiosa en el panorama poético actual.

Y *El mundo de Blue* llega a mis manos sin el azul inglés de la nostalgia de aquellas cantáridas, acaso el poeta aquí regresa a su *niño azul inconsciente* y le grita *los nombres de la infancia*.

Aunque yo sigo preguntándome si aquello pasó o no pasó y si en Gahete hay tres personas distintas. Porque Gahete, aquel Gahete ya tiene una edad y estos poemas que me entregan son de un niño. Un niño empollón que ha puesto a un gato a leer, cabezón como el hipopótamo Hipo, dulce como la minina Sofía, volador como el conejo Buba, con mando en plaza como Micifú, tan soñador como abuelo Galápagos y tan sin que nadie le haga sombra como al rey de su selva.

Y como al fin y al cabo es un niño, deja su espacio animal y mira a sus mamás: una ejecutiva, otra doctora y otra maestra. Con esto de la monoparentalidad también hay dos papás, verdulero uno y bombero otro. Y como niño, enreda y enreda con un aspirante a biólogo y con un fantasioso que ha visto en la luna un búho de oro. No me extraña que luego la astronauta quiera coleccionar universos y estrellas, y Fran y Juan terminen jugando al fútbol con la naturaleza. Cosas de niños, ¿o no?

Pero Blue, que ya practica inglés, me dice que no hay en el autor tres personas distintas sino un poeta verdadero. Y ya caigo.

El mundo de Blue aspira a la felicidad y apela para conseguirlo a la inteligencia. Por eso el gato azul lee, la gata sabia respeta a los ratones y no los ataca. El grandote del charco no es hurraño ni malhumorado sino que se expresa en un idioma ininteligible para nosotros y nos puede asustar,

pero él es tierno y guapo en su especie y vive en su barro alimentando a una nube de insectos. Y así continúa el poeta dando la pauta a las tres partes que constituyen el libro. Donde las mamás y los papás desempeñan distintas profesiones dignas y útiles para la sociedad.

Cosa curiosa de estos personajes es que el poeta los ha hecho a imagen y semejanza de los miembros de su familia y así los ha ido humanizando. De ahí el «profe» de idiomas, que enseña las onomatopeyas de las distintas especies para que todos se puedan entender. Me congratulo con ello, porque pienso que el mundo infantil necesita didáctica, valores y ejemplos que lo lleven a aceptar las diferencias.

El poeta, sabedor de los acentos y los mecanismos de la métrica, pone clave a un fondo que toma el punto de partida en la ejemplaridad de la fábula y la oralidad heredada de los cuentos y las canciones populares. Lo hace subiéndose a la rama de la rima y pegándose al oído del verso como un runrún. Él es un buen versificador y anda como Pedro por su casa por la cuaderna vía, pero aquí casi siempre juega con seis sílabas, filas y filas de ellas. Cuenta, cuenta: la música está servida y el trovo agudiza la memoria de algo para recordar, que pone en marcha la faceta cognitiva del aprendizaje.

Chico listo porque, además, le pide a una amiga que se lo traduzca al inglés y a otra que le haga los dibujos y ambas se esmeran. Y como Martín Lucía es un niño mayor que juega con las letras y yo acabé llamándome Julieta por un dibujo animado, pues aquí estamos todos con las cosas de los niños. ¿O estamos soñando?

¡Vaya usted a saber! Yo creo que este Manolo no ha escrito aún la biografía de Castillejo ni ha conocido a Ana todavía. Anda por Fuente Obesuna y en el más allá de sus descubrimientos gritándole al niño azul del subconsciente. Está aprendiendo el canto del grillo y las manchas de las jirafas.

Aunque yo haciéndole caso al evangelio digo como Cristo: Dejad que los niños se acerquen a mí porque de ellos es el reino de los cielos.